

eclesiástico, pues es fácil tomarlas cuando uno se siente enfermo. Debes ante todo *llevar cuenta de las cargas*.

Agelio se sonrió.

—Conozco el versículo, padre mio, dijo; y citó el testo sagrado: “Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun tambien su vida, no puede ser mi discípulo.”

Otra vez Agelio dijo:

—¡Los mártires!... Me acuerdo que cuando el anciano obispo hablaba de ello, aludía á un segundo bautismo, y lo llamaba bautismo de sangre, añadiendo: “¡Que su alma esté con los mártires!” Padre mio, ¿ese bautismo no podría lavar, como el primero, todos los pecados?

Esta vez fué Cecilio quien se sonrió, y sus ojos brillaron como los zafiros de la Ciudad Santa; parecia el ideal de aquel que

“Llamado á hacer frente á algun acontecimiento terrible, que, por decreto del cielo, es origen de grandes consecuencias buenas ó malas para el género humano, se encuentra feliz como un aman-

te, y ceñido de súbita brillantez como un hombre inspirado.”

Sin embargo, pronto consiguió dominarse, y dijo:

—*Quo ego vado, non potes me modo sequi; sequeris autem postea* (1).

#### CAPITULO XIV.

Estas conversaciones amistosas, cada vez mas frecuentes, continuaron por espacio de una semana, hasta que Agelio pudo pasear apoyado en algo y dejar la cabaña. El eclesiástico y el esclavo le tomaron consigo una tarde, y le sentaron á la vista del magnífico paisaje sobre el cual se proyectaban las largas sombras de las lejanas montañas que veian desaparecer tras sí al sol. El aire estaba lleno de mil perfumes: el brillante colorido del cielo por la parte del Oeste formaba contraste con los tintes mas oscuros pero variados de la

(1) Adonde yo voy, no me puedes ahora seguir; mas me seguirás despues.

campiña. La cosecha del trigo y la cebada habia concluido; pero las habas eran tardías y aun permanecian en la tierra. Los olivos y los castaños estaban cargados de fruto: la higuera temprana abastecía los mercados; y los abundantes viñedos aguardaban con paciencia los calores del siguiente mes para cumplir sus actuales promesas. Aquella hermosa escena tenia una dignidad moral que emanaba de sus asociaciones con el sustento y bienestar del hombre; y el inesplicable sosiego de la tarde, era como un vestido que la cubria: encanto irresistible para él, que habia pasado mucho tiempo en el lecho del dolor, y que aun se sentia enfermo. Agelio contempló el cuadro sin pronunciar una palabra y con los ojos arrasados de lágrimas; era como si renaciese y comenzase una nueva existencia. Siguió saliendo así todas las tardes, y caminando lentamente, pero de un modo seguro, al completo restablecimiento de su salud.

Una tarde, despues de recorrer con la vista algun tiempo aquella encantadora perspectiva y de entregarse á sus meditaciones, dijo:—*Mansueti heredita-*

*bunt terram* (1). Solo gozan realmente de la naturaleza los que creen en su Autor. Cada soplo del aire parece expresar cuán bueno es Dios respecto á mí.

—Y este espectáculo, observó Cecilio, no es mas que la sombra del hermoso paraíso, nuestra futura morada, donde no hay fieras, ni reptiles venenosos, ni pecado. Hijo mío, ¿no debería yo sentir el efecto de estas bellezas mas que tú? Los que están encerrados en las ciudades populosas, solo ven la obra del hombre, que es el mal. Como recompensa de mi fuga de Cartago, me encuentro ahora ante Dios.

—Los paganos adoran todas estas cosas cual si fuesen el mismo Dios, dijo Agelio; ¿cuánto me admira que haya quien olvide al Criador en sus obras!

Cecilio guardó silencio un instante y suspiró; despues dijo:

—Tú has sido siempre cristiano Agelio.

—¿Y tú no, padre mío? preguntó el jóven; entonces has ganado esta gracia que á mí se me ha concedido gratuitamente.

(1) Los mansos heredarán la tierra.

—Agelio, dijo el eclesiástico, gratuitamente se concede á todos; y para merecerla es preciso que ya haya prevalecido. Sin embargo, creo que tú la has ganado tambien; si no, ¿por qué esa diferencia entre tí y tu hermano?

—¿Qué sabes tú de nosotros? preguntó Agelio vivamente.

—Poco, respondió Cecilio. Hace tres ó cuatro años que se trató de reanimar el espíritu cristiano en esta comarca, de poner en obra algo para las iglesias del Proconsulado y de llenar las sedes vacantes. Hasta ahora no ha habido ningun resultado; pero se dieron pasos con objeto de despertar el celo religioso en los cristianos que aun quedaban. Yo vine aquí comisionado al intento, y oí hablar de tí y de tu hermano. Mas adelante, amenazada mi vida por la persecucion, y viéndome en la necesidad de huir, me acordé de tu choza, y tuve que obrar secretamente, porque no sabiamos quiénes eran amigos y quiénes enemigos.

—Padre mio, otros proyectos te guiaron hacia mí, dijo Agelio; pero no pudieras elegir asilo mas seguro. Nada hay aquí que excite inquietud, nada que

cause sospecha. En el tiempo de la siega muchos extrangeros de diferentes razas bajan aquí de las montañas; es natural que se te considere uno de tantos; y por lo que toca á mi hermano, ha ido á Cartago con trigo. La persecucion te trajo á mi cabaña; pero Dios no ha permitido que estuvieses ocioso, y has vuelto al redil una oveja extraviada.

Despues de una corta pausa añadió:

—Me encuentro bastante bien ya, y quiero confesarme. ¿Hay inconveniente en que sea esta tarde?

—Ninguno, respondió Cecilio; no sé cuánto tiempo permaneceré aún aquí. Estoy aguardando á mi fiel mensajero con despachos. Hace tres dias que partió. Sin embargo, no creo equivocarme al decirte que nuestra separacion no será larga. ¿A qué detenerte aquí mas tiempo? Debes venir á mí, y yo debo prepararte y enviarte á Sicca para congregar y restituir al redil á ese rebaño disperso.

Agelio se volvió y apoyó, riéndose, en el hombro del eclesiástico.

—Me rio, dijo, no por ligereza, sino porque me ha sorprendido mucho, y á la par me ha alegrado ver que tienes

formada tan buena opinion de mí. Fué un sueño de otra época; pero su realizacion es imposible. ¿Crees que, siendo tan débil, me encuentre nunca en estado de salvar algo que no sea mi alma?

—Salvarás tu alma, salvando las de los demas, contestó Cecilio; hijo mio, pudiera decirte mas cosas, si pensara que te traeria utilidad.

—Pero, padre mio, exclamó Agelio, con un corazon tan débil, tan tierno, ¿qué va á ser de mí? Mi temperamento no es de héroe.

—*Virtus in infirmitate perficitur* (1), dijo el eclesiástico. ¿Obrarás por tí mismo, ó no serás mas que el instrumento de otro? No lo sé; pero sí sé que tendremos el propio fin; tú mucho despues que yo.

—¡Ah! padre mio, porque tú morirás mucho ántes que yo, dijo Agelio.

—Figúraseme, dijo Cecilio, que veo á mi mensajero; una persona ha entrado en el jardin á hurtadillas, ó á lo menos por un camino que no es el ordinario.

En efecto, *habia* entrado uno, pero

(1) La virtud se perfecciona en la enfermedad.

no el mensajero de Cecilio, sino Juba, el cual se acercó, mirando con gran curiosidad al eclesiástico y absortó en su contemplacion. A su vez Cecilio le miró fijamente, y dijo á Agelio:

—Es tu hermano.

—¿Qué buscas aquí, Juba? preguntó el último.

—He salido á una comision lejana, contestó Juba; y á mi vuelta me noticiaron que estabas enfermo. ¿Es ese tu enfermero? dijo mirando casi severamente á Cecilio, y añadió: es un sacerdote cristiano.

—¿No conoce Agelio mas que á cristianos? preguntó Cecilio.

—Sí que conoce, respondió Juba; tiene relaciones agradables, inocentes, dulces, de otro género, empezando por mí. Querido, continuó, no las mereces; pero has hecho cuanto ha estado en tu mano.

—Juba, dijo Agelio, si te trae aquí algun negocio, dí cuál es y concluyámos. No me siento con fuerzas para sostener una disputa.

—¿Algun negocio! exclamó Juba; bastantes hallaria en este sitio si quisiese. Ese es un sacerdote cristiano; no me cabe duda.

Cecilio le miró con tal calma y benevolencia, que Juba apartó al fin los ojos medio irritado.

—Si soy un sacerdote, estoy aquí para reclamarte como uno de mis hijos.

Juba se estremeció, pero dijo desdenosamente:

—Te equivocas, padre, dirígete á los que te pertenecen; pues en cuanto á mí, soy libre.

—Hijo mio, respondió Cecilio, eres catecúmeno, y tu deber es marchar adelante y no hácia atrás.

—¿Qué sabes de mí? preguntó Juba; él te ha informado.

—Tu rostro, tus maneras, tu voz dicen lo bastante para que sean menester ágenos informes. He oido hablar de tí hace años, y ahora te veo.

—¿Qué ves en mí? dijo Juba.

—El orgullo bajo forma corporal, hollando la fé y la conviccion, contestó Cecilio.

Juba se hechó á reir, si merece el nombre de risa la contraccion de sus labios, acompañada de una espresion feroz y despreciativa.

—Lo que vosotros á fuer de esclavos,

llamais orgullo, dijo, yo lo llamo dignidad.

—Tú crees como yo en un Dios, Criador del cielo y de la tierra, dijo el eclesiástico; pero deliberadamente te declaras contra El.

Sonriose Juba.

—Soy tan libre, exclamó, en mi puesto, como él en el suyo.

—Quieres decir, respondió Cecilio, libre para pecar y recibir el condigno castigo.

—Calificalo como mejor te parezca, replicó Juba; mas por lo que respecta á mí, no llamo pecado á lo que El designa con ese nombre; y si El me castiga, es porque es mas fuerte.

El eclesiástico se detuvo un instante; no habia emocion en uno ni en otro, sorprendiendo verlos tan tranquilos y tan opuestos entre sí, como San Miguel y su adversario.

—Hay dentro de tí algo, dijo Cecilio, que te habla en los mismos términos que yo; y esa voz interior toma el partido de Dios y te condena.

—El la ha puesto dentro de mí, dijo Juba, y yo cuidaré de arrojarla fuera.

—Entonces El tendrá la justicia, lo

mismo que el poder, de su parte, respondió el eclesiástico.

—No adularé, no me humillaré jamas, dijo Juba; nadie, á escepcion de mí, mandará en mi alma. Todas mis facultades serán mias, esclusivamente mias.

Cecilio se detuvo de nuevo; por último dijo:

—Hijo mio, mi corazon, ó mas bien mi Criador y el tuyo, me advierten que un juicio terrible te amenaza. Haz penitencia, mientras tienes tiempo aún.

—Deja tus pronósticos para mujeres y niños, replicó Juba. Estoy dispuesto á todo y no cederé.

El estado de Agelio no le permitia mezclarse en la conversacion.

—Padre mio, dijo, es su manera de expresarse; pero no le des crédito, pues es mejor de lo que parece. Marchate, Juba; estás de mas aquí.

—Agelio, dijo el eclesiástico, no son nuevas para mí tales palabras. He vivido bastante y conozco bien el mundo. De vez en cuando mis funciones y mi posicion arrancan á otros blasfemias. He conocido á un hombre que puso en ejecucion sus malos pensamientos y palabras. Habiendo renegado de su Dios,

juró que serviria al demonio, y entregó sus hermanos á la muerte. Vivió largo tiempo; pero á una edad muy avanzada cayó enfermo, y entonces le ví por la primera vez. Le hice contemplar un cuadro que representaba al Buen Pastor, estendiéndome sobre los vanos esfuerzos de la pobre oveja para salir del redil, su irracional aversion á permanecer en él, y su resolucion desesperada de abrirse paso al través de aquel encierro. Se la mostré herida por el punzante aloé, y últimamente presa entre sus ramas, sin movimiento y chorreando sangre. Entonces el Pastor, sin miedo de lastimarse las manos en las espinas, la sacó de allí y la llevó á cuestras. Dios tiene sus épocas marcadas; su poder se sirvió de aquella pintura, y el apostata se sintió conmovido. “Esta es la paga, le dije, que el Señor te dá por tu enemistad: quiere atraerte á toda costa.” No necesito referirte lo que siguió; pero en breves palabras te diré el resultado. Se convirtió, hizo penitencia pública, se reconcilió con la Iglesia inmediatamente antes de la persecucion, y recibió, hace diez dias, la corona del martirio.

Juba habia escuchado como por fuerza, y cuando el eclesiástico acabó, se levantó y empezó á hablar impetuosamente contra su costumbre.

—¡Calla! dijo aplicándose las manos á los oidos con violencia. No les haré traicion, no es necesario. Mira, (continó cogiendo á Cecilio por el brazo y señalando una parte del bosque que se encontraba al lado de donde soplabá el viento,) eclesiástico, tú perteneces al número de aquellos que saben predecir el destino de los demas, y no ven el suyo. Lee allí, nada es mas fácil, lee tu porvenir.

Su mano se estendia hácia un sitio del bosque donde era visible, en medio del espeso follaje, el reflejo de un estanque ó de un pantano. Las diferentes aguas de los alrededores, que brotaban de las arenas ó que provenian de los vapores condensados de la noche, habian ido á parar á una caverna llena de los restos de la vegetacion de los años precedentes, produciendo á la larga, por la filtracion, un arroyuelo mas puro que el estanque. Sus orillas estaban cubiertas por una espesa y ancha capa de fango, sustancia de transicion

entre la rica materia vegetal que un dia habia sido, y el vasto foco de vida que era para los insectos. Una nube ó neblina se veía en aquel momento suspendida sobre él á grande altura. Un ruido discordante y agudo, especie de silbido ó de gorgéo, salía de aquella nube, é iba á herir los oidos del observador, el cual desde luego comprendia lo que significaba.

—Allí está, exclamó Juba, lo que te hará mas daño que el edicto imperial, que el denunciador ó que el *apparitor* del procónsul, y no es obra mia, por cierto.

Pronunciadas estas palabras, dió vuelta á la colina y desapareció. Agelio y su huésped se miraron con asombro.

—La langosta, dijo el uno al otro en voz baja al entrar en la cabaña.

## CAPITULO XV.

La plaga de la langosta, una de las mas terribles á que estaban espuestas las regiones comprendidas en el impe-